

"LA TEATRALIZACIÓN DE PEDRO LEMEBEL: EL VOYEUR INVERTIDO SOBRE SÍ MISMO"¹

JULIO, 1996

Gilda Luongo, Mauricio Álvarez, Pilar Sánchez.

¿Cómo aproximarnos a una práctica que se convierte en discurso, genera teorías, reflexiones, sospechas, inquietudes, sin que se petrifiquen, en el intento, el "objeto" y nosotras mismas? ¿Es posible que el travestismo sea una posibilidad de apertura del pensamiento occidental latinoamericano? ¿Será posible salvar a través de esta práctica las dicotomías, binarismos y esencialismos de nuestra cultura? Estas fueron algunas de las interrogantes básicas de las cuales partimos para iniciar el proceso de investigación. Creemos que estas preguntas permitieron el dialogismo y el juego textual e intertextual en el cual nos involucramos.

Pensamos que era productivo idear, inventar, tentarnos en una propuesta más lúdica, abierta, gestual, más que ordenada y llena de coherencias internas. En las primeras conversaciones mezclamos imágenes, cuadros, palabras, nombres, teatralizaciones diversas, discursos, filmes, literatura y "literatura". Desde esta lluvia de tentaciones y pensando en la anécdota como acto productivo, ligado al chisme, al invento, a la fantasía y a la recreación, pensamos en conversaciones testimoniales. Las voces, ecos de tantos sonidos, nos dio la clave para generar vínculos. Los encuentros tuvieron el encanto del desafío de la aceptación del otro. Nadie entrega su voz sin recelo. Jugaba aquí la asociación academia/marginalidad. ¿Por qué nuestro interés?

Nos pareció válido el recelo y la sospecha por ello el paso débil hacia el otro ocurrió sin conflictos. Legitimación, respeto, validación, complicidad fueron sensaciones que nos quedaron de esta etapa.

El otro paso era la teoría. Nos resistimos siempre a ella para que no nos pesara como modelo que, finalmente, resultara incongruente con nuestras búsquedas/ hipótesis/objetivos. Leímos sospechando. Mieli, autor italiano de crítica homosexual; Severo Sarduy, escritor cubano y autor de crítica y ensayo sobre la producción discursiva en América Latina, fueron las víctimas de nuestra sospecha.

Las conversaciones que tuvimos constituyeron uno de los elementos más productivos para nuestro trabajo. Jaime Leppe, Claudio Rodríguez y Pedro Lemebel nos entregaron generosa aguda y abiertamente sus voces. Para este artículo seleccionamos la voz de Pedro Lemebel. Agradecemos cálidamente que haya aceptado la publicación del encuentro realizado.

Nos quedó resonando de la conversación con Pedro Lemebel su particular modo de habla, esa voz. Lo carnavalesco de su oralidad vinculado con la cultura popular, como con un juego barroco que desplaza sentidos, múltiples y heterogéneos.

El encuentro con Pedro Lemebel fue fluido y el vínculo generado permitió que éste funcionara más como una conversación que como una entrevista. Este tipo de género discursivo posee como característica primordial el ir y venir de interrogantes de manera dialógica y participativa. Pensamos que la situación comunicativa y su disposición permitieron el logro de la diversidad temática.

Postulamos que la práctica travesti de Lemebel está directamente relacionada con su escritura. En ella los desplazamientos y los juegos de perspectiva son múltiples. Creemos

1 Esta entrevista fue publicada en el *Anuario del Programa Género y Cultura en América Latina*, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 1996.

también que Lemebel levanta esta práctica como vehículo estético-ético-político. Situarse en la escritura desde los márgenes es aquello que enmarca su discurso.

Nos parece que los planteamientos de Lemebel son abiertos y se desplazan, así como también cruzan, de manera oblicua, las preguntas formuladas por nosotras. Respetamos profundamente su postura crítica respecto de la homosexualidad, del travestismo prostibular, de las instituciones que, desde políticas neoliberales, legitiman posturas esclerosadas y segregadoras. Consideramos con beneplácito el reconocimiento que hace del discurso feminista en sus propias reflexiones.

¿Pedro, podrías referirte a lo que tú planteaste desde el Colectivo Las Yeguas sobre el fin de la homosexualidad?

Yo hablé al respecto en un artículo que se llama *El fin de la homosexualidad o súbete al taxi Lennon*. Como una pregunta sobre qué es la homosexualidad en este momento. Por dónde pasa; por dónde se trafica. Porque cuando se habla de homosexualidad en términos de militancia política, demandante de derechos, dignificativa o reivindicativa, se remite necesariamente al despertar de lo que fue en los años sesenta y setenta el inicio del movimiento gay en Estados Unidos.

A mí me parece que la militancia homosexual chilena, si bien es cierto es una quijotada a destiempo, igualmente es válida, mientras exista el artículo 365 que sanciona la sodomía. Precisamente ahora con Pancho estamos invitados a Nueva York, al Congreso Sexual and Borders Lesbian-Gay porque este tema es algo que a ellos les interesa, como un **remake** nostálgico referido a estas latitudes; homosexuales con conciencia de clase, dedicados a luchas políticas.

Yo creo que la construcción gay no tiene nada que ver con nuestras pequeñas luchas. La construcción del patrón gay es una construcción de poder, por lo menos en Estados Unidos, en California. La institucionalización de lo gay en San Francisco, ha desplazado otras minorías, ha desplazado a la minoría negra, a las minorías étnicas. Se instituye el territorio gay en el barrio Castro, pero han ido corriendo a otras minorías que habitaban ese sector.

Entonces lo gay es blanco, es un Partenón, es una acrópolis de seres claros, bronceados, rubios, platinados, dorados, donde no tienen lugar otras políticas minoritarias, étnicas o de clase. Es ahí donde uno podría decir que hay un emparentamiento de lo gay con el poder. Sobre todo con el neocapitalismo, con el neoliberalismo. Lo negro es utilizado como fetiche erótico. Abre una revista gay, todos son machos, tú no ves a este animal en extinción que es la loca, ves parejas hombre/hombre, macho/macho, macho/men. Como la canción del Village People. No hay diversidad.

Hay un efecto narcisista de ese modelo, hay una sublimación del modelo macho/masculino que le viene bien al mercado y que no afecta el paisaje social capitalista. No le afecta ver a dos tipos rubios, paseándose de la mano, a diferencia de ver a un pájaro dislocado, difícil de definir.

Cuando uno habla de homosexualidad quizás no se está hablando desde esa construcción castigadora que hace la ciencia, que origina esa palabra. Se habla de esto como torcimiento de esa construcción fálica. En ese sentido pareciera que eso se acaba, pareciera que hay un adiós al taco aguja y a la vocecita, no diría feminoide, yo diría diferente. Yo creo que la marica es otra cosa. Es una construcción doblada porque las mujeres tampoco son así. La marica es una estrategia por oposición al modelo macho que se te impone. Uno arma este Frankenstein raro, este

engendro que se devela en la voz. Es así que esta alegoría estaría en extinción.

Ahora en las discoteque gay, te encuentras con chicos uniformados por la moda Calvin Klein: polerita blanca, arito, pelo corto, zapatillas de marca, jeans. Es decir, la moda también ha uniformado la homosexualidad y la moda es mercado. Ahí hay una complicidad sospechosa, por decir lo menos. Por otro lado hay una fantasía barroca, mucho más alteradora, que ha sido aplastada por este modelo. No sé por qué tendrían que uniformarse en este ejército de salvación... del SIDA, ¿no?

¿Qué lugar ocupa la androginia en toda esta elaboración que tú haces, pensando en los cruces y devenires de la sexualidad y los deseos?

La androginia tendría que ver un poco con la bisexualidad. El modelo andrógino como receta de éxito. Así la bisexualidad también sería una trampa dual. Yo creo en las múltiples sexualidades, y las sexualidades minoritarias se articulan en relación al poder. Lo minoritario se articula como una estrategia de confrontamiento, frente a algo que te impide, segrega o anula. A mí me parece que a estas alturas del siglo, las recetas eróticas pasan necesariamente por la visualidad que es el sentido dominante.

Tal vez la androginia, no tendría que ver necesariamente con la permeabilidad de los sexos, cuando pasa por un slogan corporal. Hay una receta de púber andrógino, una puesta en escena de la androginia en el espectáculo masificado del rock, o de la moda, por ejemplo, que también me parece sospechosa. La permeabilidad de los sexos, tendría que ver más bien con devenires. Eróticas no fijas, siempre cambiantes en un por ser, no serían un grado estanco. Yo no me podría calificar, categóricamente, como una orquídea andrógina, porque, a lo mejor, si esa orquídea se encuentra con un murciélago, se convertiría en un cactus espinudo. Tendría más que ver con la mutabilidad de sobrevivencia y ese cactus espinudo quién sabe en qué se transforma después, de acuerdo a lo que te depare el sobrevivir.

Cuando hablo de esto no me refiero solamente a la sobrevivencia física, sino también al pensar, a la labor intelectual, a la construcción cambiante de uno mismo. Cómo salvo mi estrategia pensante en relación al pensamiento unidireccional occidental, por ejemplo. Tengo que camuflarme, tengo que aparentar, a lo mejor no es cierto todo lo que estoy diciendo, pero no me importa, en tanto no me descubran el motivo por el cual lo estoy diciendo. Podríamos hablar de la simulación, que es otro cuento, de mentira-verdad metafórica o algo así.

Bueno, Sarduy plantea que el camuflaje es uno de los modos de manifestarse la simulación, al igual que la intimidación.

Cuando se habla de simulación también se entiende como un montaje falso que sirve como defensa, pero yo creo que no es tan así. Yo creo que cuando el travesti tiene que simular un macho, es el más macho del mundo y te agarra a cuchilladas y es feroz. Ahí te cabe la duda cómo esta hiperfemineidad del travesti se puede convertir en un Bruce Lee.

Esto es interesante porque en ese instante es real, la simulación es real. Es una teatralización del personaje, absolutamente defensiva y peligrosa también. No es sólo el montaje operático de la loca, se le va la vida, es el riesgo peligroso de saltar el charco. En eso el teatro queda afuera.

Esta forma de sobrevivencia no solamente es de los homosexuales, también la mujer la usa. Me refiero a la pobladora del Centro de Madre que cuando llega la visitadora social es un ángel inocente, pero cuando se va la visitadora, la pela hasta que se agota. Lo mismo que cuando tiene que ir a votar, se pone lo más pobre y se consigue tres guaguas, para que le den prioridad y así burlar la fila. Esto es simulacro y hay muchos ejemplos y son muy interesantes.

¿Cuál es tu experiencia/vivencia del travestismo en Chile?

El travestismo en Chile, es una senda difícil. Ha hecho historia y es el sector más agredido. Estoy hablando del travestismo prostibular, que es el que a mí me interesa.

Se ha dicho que el travestismo no es homosexualidad. Pasa por el fetichismo de los hombres. Pero la construcción del travesti, en Chile, es una construcción bastante batallante, bastante pisoteada. Está la negra historia del barco de Ibañez, los travesti tirados al mar por la ley de descontaminación moral. Pero no sólo fue dirigido a los travesti, sino también a las prostitutas.

Cuando decidimos con Pancho trabajar con el travestismo, lo elegimos pensando que era un lugar desacreditado, absolutamente marginalizado incluso por los homosexuales. El travesti se vive la calle, y se inventa una fantasía de sobrevivencia, una mentira-verdad. Todo travesti tiene el discurso de la mamacita que no tiene que comer y los hermanitos que esperan con la boquita abierta. Hay una fantasía del engaño, de pasar gato por liebre, de doblar el poder macho y engañarlo, sabiendo que el macho siempre sabe, porque **nunca** un travesti es igual a la prostituta, no es una copia textual, jamás, porque pierde. Un travesti nunca quiere pasar por mujer. Es otra cosa.

El oficio prostibular travesti es diferente. Hay una especie de ópera callejera, que les fascina. Hacer de travesti significa cinco horas de maquillaje, con pinzas sacarse cada pelo, y la silicona, y los trucos, es una obra de arte.

Es la exageración del molde. Pasa por el espejismo, que dice Baudrillard, por la minifalda, por la peluca plateada, la construcción fetiche del travesti, las uñas largas, las pestañas postizas. Y en esta hiperconstrucción, el travesti exagera, teatraliza su oficio prostibular. Hay una fantasía propia en que el cuento de la mamacita agónica también es real. Pero además de eso, hay una fantasía personal de teatralizarse en lugares de riesgo y con el sexo en riesgo.

La otra cosa que me sigue fascinando de los travesti es que cruzan el riesgo corporal con cierta sublimación. Esto va más allá de lo sexual. Pasa por llevar al extremo este peligroso juego cruzado, además, por el engaño de la sobrevivencia. Tienen una relación con la vida mediada por el golpe, por una cosmética dolorosa. Así su misma ortopedia, la relacionan con su cuerpo, como

si fuera un cuerpo ajeno.

Pero esto se da acá en Latinoamérica. En ellos está la risa como una ironía, como una eterna parodia de sí mismos. Nunca los puedes llevar al drama real porque los deshaces, les desconstruyes el personaje, que puede ser cinematográfico o de teleserie. Si a la Salomé Glamour tú le dices Juan Pérez, la retornas al padre o al macho. Desconstruyes todo y eso también ocurre con la cuestión del dolor.

Es interesante, también, lo que ellos manifiestan en relación a la dictadura. Tienen un discurso muy cruzado. En Chile ellos podían trabajar y luego llegó la moral democrática. Chile no fue Brasil o Argentina donde se implementaron razias en contra de ellos. Lo que sí pudo haber pasado con algunos crímenes, tal vez se debió a cierta homofobia de algún oficial en particular. Pero la dictadura militar aprovechó el cartel de los homosexuales, los paseos de la dictadura estaban abiertos para ellos. La discoteque Fausto funcionó con toque de queda. Uno no puede inventar el Auschwitz travesti chileno. Ahora si tú les pones tres botellas de pisco ellas te pueden armar el cuento dramático, y depende de los referentes cinematográficos, que puedan recordar.

Yo no quiero decir con esto que no hubo represión a los homosexuales, pero sí fue una represión muy velada y también utilizable. En ese sentido hubo algunas víctimas, pero no fueron producto de las razias que se implementaron en otros países de Latinoamérica. En Chile habían muchos homosexuales de derecha que apoyaban el régimen, que tenían esas fantasías de princesas y reinas que tienen todos los homosexuales, les venía bien sentirse Sisi Emperatriz entre la soldadesca.

Tú te sientes cercano a la vivencia de la diferencia étnica. ¿Cómo surge este vínculo entre homosexualidad y la cuestión indígena en tu práctica vital?

Generalmente, a los homosexuales se les imputa la categoría del afeminado, como categoría peyorativa en relación a la mujer. Pero resulta que en la América Precolombina la homosexualidad era otra cosa. Por ejemplo en el libro de Cardin *Guerreros, Chamanes y Travestis* se habla de las representaciones homosexuales y travestizadas que había en el continente. Habla de un caso que nos llega a través de las Crónicas. Trata la historia de los españoles que encontraron a un personaje mapuche vestido con cueros de serpiente y plumas de cóndor. A los españoles les pareció muy raro esto, y por raro, lo catalogaron de femenino de manera peyorativa, porque para los hombres siempre ha sido un misterio la mujer.

Creo que de ahí quedó esto del homosexual feminoide y peyorativo. Sin embargo, creo que era otra construcción de identidad, mágica y ritualista; tenía que ver con ciertas iniciaciones chamánicas de los niños, diferentes a otros.

Hay otro ejemplo que tiene un nombre muy bonito "el amor mentira". Esto ocurría en una tribu del Ecuador donde la homosexualidad, era una fase más de la sexualidad. La historia relata a unos ancianos de una tribu mirando un paisaje, orillado por un río, en donde los adolescentes masculinos, pasean abrazados o bañándose desnudos tocándose y jugando al sexo. Esto era tomado, por los mayores, con humor y como juegos de iniciación sexual. La homosexualidad era algo lúdica, no era prohibitiva y en tanto fuera un juego, se podía pasar a otras sexualidades igual de transitorias.

Había también un pueblo pre-inca, en Perú, Chan Chan, que tenía como incorporada la homosexualidad. Actualmente quedan sus ruinas de barro casi intactas. La plaza central está bordeada por un bajorrelieve de cardúmenes de peces y bandadas de pelícanos todo es alegóricamente homosexual. En una parte de la plaza los pelícanos y los peces se cruzan y ese

lugar coincide exactamente con el punto donde se cruza la corriente de Humboldt con la corriente cálida del Norte.

Entonces hay referentes en los que la homosexualidad tenía que ver con cierta fugacidad sexual. Y digo "fugacidad" sexual porque yo tampoco quiero hablar de la homosexualidad como de un lugar tan esencialista.

Cuando cambiaste de Mardones a Lemebel fue un gesto de paternidad hacia tu madre, fue como darle "carta de ciudadanía". ¿Pero también fue una especie de (con) fusión con ella?

Es bonita esta pregunta. Porque el nombre tiene mucho que ver con lo que hablábamos antes. El nombre en la homosexualidad es un fichaje, es una forma de detección, es el "dónde estás". Y en esta fuga de identidad el cambio de mi apellido tuvo que ver con la subordinación del nombre, en segundo lugar, de las mujeres en mi familia.

Mi abuela cuando quedó embarazada de mi mamá se arrancó de la casa y para que no la encontraran ella se cambió apellido. No me preguntes cómo se inscribió con este Lemebel que no existe en el registro civil. Ella travistió su apellido, a lo mejor influyó cierta fantasía, cierto arribismo francés que tuvo. Se puso Lemebel y a ella le gustó como sonaba. A mi madre le puso Lemebel, mi madre es hija natural. Es un apellido que viene por heredad materna, porque todos los apellidos en este país son paternos, el apellido de tu mamá se lo puso su padre. A mí me pareció interesante esta elaboración clandestina de apellidos que tuvo mi abuela con el famoso Lemebel y por eso lo adoptó.

En el gesto de cambiar mi apellido, no rechazo la experiencia con mi padre. El lo entiende por el amor que le tiene a mi madre. Eso por un lado.

En el gesto de cambiarme el nombre yo reconozco a mi madre en su orfandad, pero más bien hacemos una complicidad materna. La voz me la dio ella y cuando yo digo la voz, hablo de mi escasa construcción oral, de ahí viene todo. Generalmente el hombre es más parco no tiene esa fantasía carnavalesca y cotorra que yo hago con mi lengua. Además el discurso feminista nos ha aportado mucho a "Las Yeguas".

Las mujeres tienen un discurso y mi homosexualidad, tiene hilachas con las que tejo un discurso. El discurso feminista me ha servido para plantear una diferencia, en una elaboración temporera de identidad, tal vez no solamente un discurso corporal como también lo tiene la mujer. No sé si más válido porque digo corporal, yo creo que el feminismo no es un esencialismo. Todo lo que yo estoy hablando es precisamente por haber pasado por ahí.

Tu vínculo con la cultura popular es tremendamente productivo en tu escritura. ¿Crees que el carnaval popular concibe a "la loca" de modo más libre y menos sancionador?

En este sentido creo que cuando fui a Brasil y me encontré en las favelas, donde vivía la señora con sus cabros chicos y al lado vivía un travesti con su pareja y las locas estaban en todas partes, me di cuenta que había una conformación social que no excluía a la loca, a la "vicha". Era parte de ese entorno.

Aquí en San Camilo, el antiguo barrio travesti, se daba una alianza social que no segregaba a los travesti. En lo popular se da una mayor aceptación en ese sentido. Debe ser porque hay menos que perder. Menos apariencia burguesa.

La relación con el macho es distinta. Sin embargo, en la cultura chilena hay una ausencia

de él en lo doméstico. Donde habitan principalmente la madre y sus hijos.

La cultura popular es carnavalesca y pagana. Hay toda una familiaridad incestuosa donde el pecado y la sanción moral vienen cuando eso se hace público.

La escritura homosexual tiene una larga trayectoria en la cultura occidental ¿Qué autores de escritura homosexual latinoamericanos han determinado tu práctica escritural?

Todas están muertas: Perlonguer, Sarduy, Puig, Arenas. Pero yo creo que sí hay una línea; bastante quebrada, bastante oblicua entre ciertas escrituras que han productivizado ciertos tipos de la homosexualidad, más bien barrocos, que tienen que ver con Lezama. Pero yo siempre cito a Perlonguer, que es más cercano, argentino, pero creo que tenía muy poco de argentino. Allá no lo querían mucho y se tuvo que ir a Brasil. Hay una historia muy bonita de JI. El era un homosexual muy loca, lo único que quería era entrar al Partido Comunista en esos años. Insistió tanto hasta que lo dejaron entrar al P.C, entonces en su discurso de agradecimiento Perlonguer dice: "Yo no quiero que me acepten, yo no quiero que me entiendan, yo no quiero que me comprendan, yo quiero que me cojan". A mí me encantó cuando leí esto.

El era sociólogo y había trabajado bastante desde acá. Mirando desde Lezama, desde Sarduy o desde el mismo Arenas. Perlonguer está más cercano al posible discurso que pueda tener la escritura homosexual en esta parte de Latinoamérica. El tiene un trabajo muy lindo acerca de los desaparecidos y la homosexualidad que son dos temas muy complicados de cruzar; con Pancho lo trabajamos apareciendo con los desaparecidos en una desaparición legal. Esas son las complicidades que tenemos las Yeguas con Perlonguer. Hay un libro que se llama *Alambres* y dice, en un largo poema llamado *Cadáveres*:

"En la conversación de lesbianas
que se muestran la marca de la liga
en ese puño elástico hay
cadáveres"

La crónica está cruzada por el referente del que da cuenta; por el receptor al cual se envía, así como por la mirada asombrosa del que narra. Tu crónica, neo-crónica cruzada por el ojo travesti querendón, por la marginalidad homoerótica, por los espacios populares y marginales ¿A qué tipo de lector va dirigida? ¿Cuál es el lector que tú quieres o deseas?

Yo digo crónica por decir algo, porque ponerle el luminoso a tu escritura es complicado. Sobre todo cuando uno trata de escapar de los géneros o de la familia genérica de la literatura, en términos de novela, cuento, poesía; está todo tan machamente santificado y compartimentado.

La crónica como está concebida aquí en Latinoamérica a partir de los recados que mandaban los cronistas a España, sapeando lo que ocurría acá. Pero habían partes de esos recados que no se mandaban y con ese excedente yo trabajo. Con lo que no se dijo, el chisme, el "fíjate que te cuento"; de "que allí en la esquina", del "quizás". Yo trabajo con ese pelambre que a mí me parece más interesante que la información oficial. El pelambre salvó a mucha gente en los tiempos de la dictadura, y a partir de eso se hicieron públicas violaciones y torturas. Y ese ojo travesti que tú dices que en mi escritura es un voyeur, funciona como voyeur invertido. No es el ojo de la vigilancia. Es un voyeur espejeado sobre sí mismo. Yo también estoy mirando en el parque las acrobacias homoeróticas, pero a lo mejor también yo participo. Incluso más allá de

mi narcisismo de cronista, el afán hace del privado escritural un público político. Es decir, a través de lo que yo pueda hilvanar me interesa también poner algunos alacranes en la cuna del poder; fundamentalmente articular, quizás, micropolíticas de desenfado, de intolerancia con este sistema neoliberal tan controlador.

¿Cómo definiras tu práctica travesti, y cuál es la finalidad de ella?

Travesti en términos de lenguaje, porque una ya está vieja para otras cosas. Más bien el travestismo pasa en mi escritura como "gato por liebre". Yo fui a Concepción a presentar mi libro y se paró una profesora y dijo: -"¡Esto no es literatura!". Y había otra gente que dijo que sí. Entonces esta escritura puede ser una provocación a través de cierto lenguaje popular travestizado de culto. Me interesa hacerlo transitar por el canon académico. Hacerlo reflexionar sobre qué son los lenguajes escriturales en este tiempo y si son combinables.

Cuando hay cierto *establishment* de escritura, que es muy avalada y que en realidad no conmueve ni a una rosa moribunda. Entonces quizás re-politizar los espacios entre letra y letra, entre palabra y palabra, entre frase y frase, entre silencio y silencio, puede ser. A través de un tipo de travestismo de lenguaje que pueda operar subversivamente coliza y errabundo.

¿Cómo trabajas la masculinidad en la cosmética de tu práctica: ocultándola, subrayándola, evidenciándola?

Evidenciándola, no creo, subrayándola tampoco y no sé si ocultándola, quizás doblándola, relativizándola, quizás oblicuándola. Domesticándola en ese sentido.

Creo en los devenires, creo que algún devenir femenino del hombre, no es necesariamente hablar como mujer o vestirse como mujer. No necesariamente, pero sí, por ejemplo, hacerle cariño a un niño. Y ese tipo de fragilidades me interesan. No sé si una domesticación, a lo mejor la palabra no está bien. Pero doblarse, quebrarse frente a uno mismo, si en el fondo cuando uno habla de poder y falogocentrismo está hablando en relación a la construcción que se tiene adentro impuesta. La lucha que se tiene con ese modelo es con sí mismo siempre. Quizás un poco engañándola también, burlando a ese falogocentrismo y también envenenándolo. ¿Por qué no?

El travestismo, según tu opinión, ¿sería una práctica que abre la postura binaria o dicotómica de las aproximaciones del pensamiento de Occidente?

Mira, no necesariamente. También hay ciertos travestismos que llamados "caricato", que son machos de bigotes que se ponen sostenes, falda, algo muy grotesco, casi agresivo y fetichista. Una vez conocí un macho fetichista, muy macho con sostén y porta-liga. Fue impresionante y pasa porque el macho es tan macho y es tanto su poder, que hasta incluso puede hacer esto. En ese sentido estoy pensando que es tanto su poder que hasta pueden escribir como mujeres, y pueden escribir poesía poniéndose "la". Entonces repienso a Zurita, repienso a Maqueira, repienso todas estas omnipotencias literarias de la escritura, muy alabadas, por ese renombrarse "la". Pero también puede ser garantía de poder.

El hombre es tan poderoso que puede ser mujer y puede ser homosexual también. El travestismo me interesa cuando es una multiplicidad inasible. Cuando pasa por la metamorfosis, por esta entomología que Sarduy la explaya maravillosamente. Ahí me interesa mucho más ese tornasol, cambiante de acuerdo a la agresión de la luz o de acuerdo a la agresión de la temperatura. Me interesa cuando es múltiple, no sólo cuando es un lugar entre lo femenino y lo masculino. Me interesa cuando abre miles de posibilidades y de devenires, devenires vegetales, entomológicos, etcétera. Más que dicotómicos, más que pintarse la mitad de la cara de mujer y la otra de hombre.

Yo no tengo nada que ver con la dualidad. Es decir, me doy la licencia para ser un tercero y un cuarto y un sexto, hasta que se me agoten las plumas. Y el travestismo me interesa cuando es una pregunta sobre la identidad sexual, cuando es una pregunta sobre el género. Cuando puede cuestionar la dualidad. Cuando la puede cuestionar no sólo desde un lugar, sino desde miles. Me estoy acordando de la foto de la Fridas de las Yeguas. En eso hay varios cruces. ¿Eso es lésbico?, ¿son dos locas?, ¿dos homosexuales?. Ahí hay una pregunta sobre la identidad, y hay una risa sobre la identidad también, sobre esta necesidad de identidad. A veces eso surge desde un extremo necesario, desde un lugar desamparado como es la negada identidad étnica. Como estrategias disfrazadas de fundamentalismos defensivos.

Estoy hablando esto en relación al indio, por ejemplo. El indio cuando está frente a un extranjero y se le acusa de indio, el indio es lo más indio que hay. No hay ningún indio más indio que él. Cuando yo me enfrento al poder, a un macho de tomo y lomo yo soy lo más homosexual que hay, fundamentalistamente homosexual. Son fundamentalismos estratégicos. Y sabes por qué ocurre esto, porque en ese terreno él no entra. El gringo no sabe, no puede entrar al terreno

del indio porque no lo conoce.

Con la mujer ocurre algo parecido. Cuando la mujer llora, cuando se hace la sentimental frente al poder, el hombre no sabe qué hacer porque no conoce ese terreno. Son fundamentalismos defensivos que me parecen válidos en este momento. No como fundamentalismos, pero sé como mecanismos defensivos, que tampoco uno se lo cree tanto, porque de ahí pasas a otra, si es que te queda otra.

Pedro, nosotras te hicimos esta pregunta porque en el proceso de elaboración de este trabajo, después de haber leído, de haber preguntado, de haber visto, de haber pensado, nos cabe la duda de que en realidad el travestismo sea una apertura al binarismo. Esta duda nos surge ante las prácticas, más que ante la teoría porque cuando hablamos de toda esa elaboración preciosa de Sarduy respecto de los insectos, de toda la relación con la filosofía oriental y la vacuidad que está llena, toda esa cosa teórica es fantástica y uno podría decir -sí, nos propone el travestismo una salida a la perspectiva causal, lógica, dicotómica-. Pero en las prácticas tú ves que funciona con la dualidad, sobre todo en la cuestión sexual. Y no es la vacuidad, es lo concreto y es la práctica que se vincula con tu lucha, con tu historia, con la clase, con la realidad económica marginal y con los referentes paternos, maternos.

Puede ser porque la cuestión teórica, reflexiva tiene siempre el atractivo de la obnubilación. Y de eso al real hay un kilómetro de distancia donde está el taconeo disparejo de un travesti que a esta hora circula por Apoquindo. Lo reconozco, pero también como dice Foucault, yo no puedo hablar por los travesti. La minoría tiene que hablar ella. Yo podría especular a lo mejor. Ellos tienen que hablar. Y a lo mejor pasa por una exageración, por una mitificación del cuento. Pero a mí me parece interesante perder el referente, en términos de la ficha.

A mí me parece mucho más bonito que no se sepa qué es. Esta exploración me interesa en tanto sea exploración, no en tanto sea la piedra filosofal. Porque se acaba todo.

Me interesan los doblajes que son transitorios. El deseo ojalá fuera siempre transitorio. El deseo no se hace cuando se culmina. En alguna parte lo leí: un barco amarrado a una bahía. El deseo sería el cable que une el barco a la bahía. No es ni el barco ni el puerto. Es el cablecito, que puede ser elástico. Eso mantiene abierta la pregunta, y ..."el mismo, el mismo loco afán".